

REVISTA ESPIRITISTA

PERIÓDICO DE

ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

RESUMEN.

Seccion doctrinal: Libertad, igualdad y fraternidad.—La muerte espiritual.—Nuestro sistema planetario; VIII. Júpiter.—La autoridad de la Iglesia.—Un antagonista del Espiritismo en Ultramar.—*Conversaciones familiares de ultra-tumba:* (Del grupo de Montevideo).—*Disertaciones espiritistas:* Máximas medianímicas.—Consejos.—*Miscelánea:* El Espiritismo en Madrid.—Quién inspiró el último dogma romano.—Puja de romanismo entre dos periódicos católicos.—Nuevos autos de fé.—Fenómenos sonambúlicos.—*Variedades:* Las paradojas de la ciencia. Lúmen: por Camilo Flammarion.—*Bibliografía:* La razon del Espiritismo; por M. Bonamy, Juez de instruccion.—*Advertencia.*—

SECCION DOCTRINAL.

LIBERTAD, IGUALDAD Y FRATERNIDAD.

Libertad, Igualdad y Fraternidad; hé aquí tres palabras que constituyen por sí solas el programa de todo un orden social que realizaria el progreso más absoluto de la humanidad, si los principios que las mismas representan pudieran recibir entera aplicacion. Pero veamos los obstáculos que en el estado actual de la sociedad se oponen á ello y busquemos el remedio en vista del mal.

La palabra *Fraternidad*, en su rigurosa acepcion, resume todos los deberes del hombre respecto de sus semejantes. Fraternidad, es lo mismo que decir; desinterés, abnegacion, tolerancia é indulgencia; es, en una palabra, la caridad evangélica en toda su pureza y la aplicacion de la máxima «amar á los demás del mismo modo que quisiéramos ser amados.» El *egoismo*, es el opuesto de la fraternidad, pues al paso que ésta dice «uno para todos y todos para uno,» el primero dice simplemente «cada uno para sí.» Por lo espresado se vé que esas dos cualidades son la absoluta negacion una de otra; de modo que tan imposible es al egoista obrar fraternalmente con los demás hombres, como á un avaro ser generoso, y á un hombre de pequeña talla alcanzar la de un hombre alto; y que mientras el egoismo siga siendo la plaga dominante de la sociedad, el reinado de la verdadera fraternidad será imposible porque cada uno querrá la fraternidad para sí y no para hacer partícipes de sus beneficios á sus semejantes y si acaso lo hace, será despues de haberse asegurado que aquel acto ha de redundar en provecho propio.

Considerada la fraternidad bajo el punto de vista de su importancia para la realizacion del bienestar social, vése que es la base de éste, porque sin ella, no podrian existir formalmente ni la libertad, ni la igualdad que brota de la fraternidad, como la libertad es consecuencia de la fraternidad y la igualdad juntas.

En efecto; si suponemos una sociedad de hombres bastante desinteresados y bondadosos para vivir fraternalmente, entre ellos no habrá privilegios ni derechos excepcionales, pues de otro modo no existiría verdadera fraternidad. Tratar á su semejante de hermano, es tratarle de igual á igual; es desearle cuanto uno mismo desea para sí, y en un pueblo de hermanos, la igualdad será la consecuencia de su modo de obrar en relacion natural de sus sentimientos y se establecerá por la fuerza de las circunstancias. Pero aquí nos encontramos con el orgullo que siempre quiere dominar y ser el primero en todas las cosas y que solo se alimenta de privilegios y excepciones: sufrirá tal vez la igualdad social, pero no la fundará jamás, y si acaso se establece, aprovechará la primera ocasion para destruirla. Así es que siendo el orgullo, otra de las plagas de la sociedad; mientras no se le destruya del todo, será un obstáculo para el reinado de la verdadera igualdad.

Hemos dicho que la libertad es hija de la fraternidad y de la igualdad, pero debe entenderse que aquí hablamos de la libertad legal y no de la libertad natural que de derecho es imprescriptible para toda criatura humana desde el salvaje hasta el hombre civilizado. Viviendo los hombres como hermanos, con idénticos derechos, y animados de un sentimiento de benevolencia mútuo, practicarán entre ellos la justicia, y no tratarán de causarse daño ni perjuicio alguno, y no teniendo por lo tanto absolutamente nada que temer unos de otros, la libertad estará asegurada, porque ninguno tratará de abusar de ella en perjuicio de sus semejantes. Pero como no es posible que ni el egoismo ni el orgullo, deseosos de ejercer su dominio eternamente consientan en el entronizamiento de la libertad que los destruiria, se sigue de aquí, que los enemigos de la libertad son á la vez el egoismo y el orgullo, así como ya hemos demostrado que lo son tambien de la igualdad y la fraternidad.

La libertad supone la confianza mútua, y ésta no puede haberla entre individuos movidos por el sentimiento exclusivista de la personalidad que quieren ver satisfechos sus deseos á costa de sus semejantes, lo cual motiva que unos individuos estén recelosos constantemente de los otros. Temerosos siempre de perder lo que ellos llaman sus derechos, hace que su existencia se consagre á la dominacion y este es el motivo por el cual esos tales pondrán constantemente trabas á la libertad é impedirán su reinado mientras puedan.

Esos tres principios son pues solidarios unos de otros, y se apoyan entre si de suerte que sin su reunion, el edificio social seria incompleto. La fraternidad practicada en toda su pureza ha de ir acompañada de la igualdad y la libertad, porque de otro modo ya no seria verdadera fraternidad. La libertad sin la fraternidad, es la rienda suelta á todas las malas pasiones, es la anarquía y la licencia; al paso que con la fraternidad, es el orden, porque el hombre no puede hacer mal uso de su libertad. Sin la fraternidad, el hombre hace uso de la libertad solamente para toda clase de bajezas y esto explica porque las naciones mas libres se ven obligadas á fijar límites á la libertad. Practicar la igualdad sin la fraternidad, conduce á idénticos resultados, porque la igualdad quiere la libertad; y además, ofrece el inconveniente de que con el pretexto de *igualdad*, el proletario quiere sustituir al poderoso que llama su tirano, sin reparar en que él se constituye tirano á su vez.

Pero ¿se sigue de esto que sea preciso mantener á los hombres en estado de servidumbre, hasta que comprendan el sentido de la verdadera fraternidad, y que no puedan vivir al amparo de instituciones fundadas sobre los principios de igualdad y libertad? Sostener semejante opinion, mas que un error seria un absurdo. Nunca se espera que un niño llegue á su mayor desarrollo para enseñarle á andar. Pero veamos que hombres son lo que mas á menudo ejercen su tutela sobre los demás ¿son

por ventura los que teniendo ideas grandes y generosas se guían solo por el amor al progreso y aprovechan la sumisión de los demás para desarrollar en ellos el sentimiento de lo justo y llevarlos paso á paso á la condición de hombres libres? Desgraciadamente no; porque por lo regular, estos tales son déspotas celosos de su poderío, á quienes conviene mantener en la ignorancia á los demás hombres, de los que se sirven como instrumentos mas inteligentes que los animales para satisfacer su ambición y desenfrenadas pasiones. Pero este estado de cosas cambia por sí mismo y por la violencia irresistible del progreso; y la reacción es tanto mas terrible, cuanto el sentimiento de la fraternidad, imprudentemente anulado, no puede interponer su influencia moderadora entre los desheredados y los poderosos que luchan, unos para adquirir y otros para retener, naciendo de aquí un conflicto que dura á veces largos siglos. Llega por fin á establecerse un equilibrio ficticio; algo se ha logrado, pero concélese siempre que los cimientos de la sociedad no son sólidos; el suelo tiembla, y es porqué no se ha establecido todavía el reinado de la libertad y la igualdad bajo la égida de la fraternidad, y si esto no se ha logrado, acháquese la falta al orgullo y al egoísmo, que oponen siempre una valla insuperable á los esfuerzos de los hombres de buena voluntad.

Aquellos que sueñan con esta edad de oro para la humanidad; deben ante todo asegurar la base del edificio por medio de la fraternidad en su mas pura aceptación; pero no crean que basta decretarla ó inscribir aquella palabra en una bandera; es menester que esté en el corazón, y ya se sabe que el corazón del hombre no se cambia con decretos. De la misma manera que para que un campo produzca, es preciso librarle antes de las piedras y zarzales; trabajen, sin darse punto de reposo, en extirpar el maldito virus del orgullo y el egoísmo; porqué en ellos está el verdadero obstáculo que se opone al advenimiento del reinado del bien. Bórrense de las leyes y las instituciones; de las religiones y de la educación, los últimos restos del tiempo de la barbarie y los privilegios; destrúyanse por completo todas las causas que dan vida y desarrollo á estos eternos obstáculos del verdadero progreso y que, por decirlo así, se aspiran por todos los poros, en la atmósfera social, y entonces, los hombres comprenderán los deberes y beneficios que consigo lleva la fraternidad y se establecerán por sí solos la libertad y la igualdad sin violencia y sin peligro de ninguna especie.

¿Es posible la destrucción del orgullo y del egoísmo? Nosotros decimos redondamente que sí, porque de lo contrario seria preciso señalar un término á la humanidad. Que el hombre crece en inteligencia es un hecho indiscutible. ¿Ha llegado ya al punto culminante que no se puede traspasar? sostener esta tesis seria un absurdo. ¿Progresas en moralidad? Basta, para toda respuesta, comparar las épocas de una misma nación. ¿Por qué, pues, habria llegado antes al límite del progreso moral que al intelectual? La aspiración del hombre hácia un orden de cosas mejor que el actual es un indicio cierto de la posibilidad de llegar á él. A los hombres amantes del progreso, toca pues, el activar este movimiento por el estudio y la práctica de los medios que se crean mas eficaces.

ALLAN KARDEC.

LA MUERTE ESPIRITUAL.

(OBRAS PÓSTUMAS).

La cuestion de la *muerte espiritual*, es uno de estos principios nuevos que denotan el progreso en la ciencia espiritista. El modo como fué presentado este tema en cierta teoría individual, hizo que fuese rechazado porque parecia implicar la pérdida á un tiempo dado del *yo* que caracteriza al individuo, y asimilar las transformaciones del alma á las que sufre la materia cuyos elementos se desagregan para dar lugar á la formacion de nuevos cuerpos. De esto se desprende que los séres perfeccionados serian en realidad nuevos séres, lo cual no es admisible, si se atiende á que la equidad de las penas y goces futuros no puede ser evidente sin admitir la perpetuidad de los mismos séres marchando constantemente por la vía del progreso, y limpiándose de sus imperfecciones por medio del trabajo y con los esfuerzos de su voluntad.

Tales eran las consecuencias que *a priori* podian deducirse de esa teoría, que confesamos no fué presentada con pretensiones ni movido por el orgullo que quiere imponerse á los demás; ya que el autor dijo muy modestamente que sólo traia su idea al terreno de la discusion y que bien podria ser que de esta idea brotara una nueva verdad. Segun el parecer de nuestros eminentes guias espirituales, hubo ménos falta en el fondo de dicha teoría, que en la forma como fué planteada, dando lugar á una torcida interpretacion, siendo esta la razon que nos han invitado á estudiar detenidamente el asunto, lo que trataremos de hacer, tomando por base la observacion de los hechos que resultan de la situacion del Espíritu en las épocas capitales de su entrada á la vida corporal y su vuelta á la vida espiritual.

En el momento de la muerte del cuerpo, vemos al Espíritu que queda en una profunda turbacion, y pierde la conciencia de sí mismo hasta tal punto, que jamás recuerda el último suspiro exhalado por su cuerpo. Pero poco á poco la turbacion se disipa; el Espíritu se reconoce como el hombre que despierta de un profundo sueño; su primera sensacion es la de que se encuentra libre de la pesada materia que le oprimia, pero pronto llega al perfecto conocimiento de su nueva situacion. Esta, es idéntica á la de un hombre á quien se cloroformiza para practicar una amputacion, y que durante el sueño se traslada á una habitacion distinta. Al despertar, se siente desembarazado del miembro causa de su sufrimiento anterior, y en su sorpresa, le busca repetidas veces; así tambien el Espíritu separado del cuerpo, ve á este á su lado y le busca; sabe que es el suyo y se admira de la separacion, pero poco á poco se dá cuenta de su nuevo estado.

En el fenómeno descrito no ha habido otra cosa que un cambio material de situacion; pues respecto de lo moral, el Espíritu es exactamente lo mismo que era pocas horas antes. Sus facultades, ideas, gustos, inclinaciones y carácter son los mismos; no han sufrido modificacion alguna sensible, y los cambios que estas cualidades puedan experimentar solo se operan gradualmente y merced á la influencia de cuanto le rodea. En resumen; la muerte ha sido para el cuerpo, pues para el Espíritu no ha habido otra cosa que un sueño.

En la reencarnacion las cosas suceden de muy distinto modo.

En el momento de la concepcion del cuerpo destinado al Espíritu, éste se encuentra envuelto por una corriente fluidica que le atrae hácia el punto de su nueva morada, y desde este momento, el Espíritu pertenece á un cuerpo, como éste cuerpo le pertenece á él hasta la muerte del mismo, á pesar de que la union completa entre la materia y el espíritu no tiene lugar hasta el instante preciso del nacimiento.

Luego que ha tenido lugar la concepcion, se apodera del Espíritu una turbacion especial; sus ideas se ofuscan; sus facultades se aniquilan, y esta turbacion va creciendo, á medida que el lazo de union del Espíritu con el cuerpo se estrecha más y más; siendo completa, en los últimos tiempos de la gestacion; de tal suerte, que el Espíritu no es nunca testigo del nacimiento de su cuerpo, como tampoco tiene conciencia de la muerte de éste. Pero nace el niño y respira, y la turbacion desaparece paulatinamente y las ideas renacen, si bien que en otras condiciones que cuando muere el cuerpo.

En el acto de la reencarnacion, las facultades del Espíritu no quedan solamente entorpecidas por una especie de sueño momentáneo, como sucede cuando aquel vuelve á la vida espiritual, porque todas, sin escepcion alguna, pasan al estado *latente*. La vida corporal tiene por objeto desarrollar esas facultades por medio del ejercicio; pero no pueden serlo todas simultáneamente, porque el desarrollo de las unas, podria perjudicar á las demás, mientras que con el desarrollo sucesivo no existe este inconveniente. Es menester, pues, que algunas permanezcan en reposo, mientras que otras se ejercitan, y esto explica porqué en una nueva existencia, un Espíritu puede aparecer bajo un aspecto bien distinto que en su anterior vida corporal, sobre todo sinó es de los más adelantados. Por ejemplo: en un Espíritu podrá ser muy activa la facultad musical; concebirá, percibirá y por lo tanto ejecutará cuanto sea indispensable para el desarrollo de esa facultad: en otra existencia se perfeccionará en la pintura, poesía, ciencias exactas, etc., y mientras estas nuevas facultades se desarrollan, la de la música se conservará en estado latente, no perdiendo por esto el adelanto adquirido en la existencia anterior. Resulta, pues, de lo expuesto, que el que en una existencia ha sido artista; en otra será tal vez un gran sábio, hombre de estado ó estratégico, sin que como artista tenga importancia alguna ó viceversa.

El estado latente en que permanecen las facultades de un Espíritu cuando se encarna de nuevo, explica el olvido completo de las existencias anteriores, mientras que el recuerdo de la vida corporal es entero al despertar el Espíritu de la especie de aletargamiento en que queda en el momento de la muerte del cuerpo.

Las facultades que se manifiestan en el Espíritu, están naturalmente en relacion de la posicion social que aquel debe ocupar en el mundo, y tambien de las pruebas que ha elegido; sin embargo, sucede á veces que las preocupaciones sociales le rebajan ó elevan más de lo conveniente, lo cual hace que algunos Espíritus, no estén, intelectual y moralmente hablando, en relacion del lugar que ocupan. Este hecho, por los inconvenientes que consigo lleva, forma parte de las pruebas elejidas y debe cesar con el progreso, porque en un orden social adelantado, todo se arregla segun la lógica de las leyes naturales, no siendo por derecho de nacimiento llamado á gobernar, aquel que solo es apto para trabajos manuales.

Pero volvamos al Espíritu en la infancia de su cuerpo. Hemos visto que hasta el momento de nacer, todas las facultades del Espíritu se encontraban en estado latente y por lo tanto el Espíritu sin tener conciencia de sí mismo. Las facultades que deben ejercitarse en la nueva existencia, no se manifiestan súbitamente en el momento de nacer, sino que se desarrollan gradualmente con los órganos destinados á su manifestacion; pero por su actividad íntima, cada facultad acelera el desarrollo de su órgano correspondiente, le empuja, por decirlo así, del mismo modo que empuja la corteza del árbol el vástago que se oculta debajo de aquella. Resulta, pues, que en la infancia el Espíritu no disfruta del pleno goce de ninguna de sus facultades, no solamente como sér humano, sino tampoco como Espíritu; porque es un verdadero niño, lo mismo que el cuerpo al cual está sugeto. Ni se encuentra comprimido penosamente en el cuerpo imperfecto todavía; porque de otro modo Dios hubiera hecho de la encarnacion un suplicio para todos los Espíritus buenos ó malos indistintamente. No sucede lo mismo con el idiota y el imbecil, cuyos órganos no habiéndose desarrollado en relacion de las facultades del Espíritu ponen á éste en la situacion de un hombre sugeto por fuertes lazos que le impiden moverse libremente. Y esta es la razon por qué puede evocarse el Espíritu de un idiota y obtener del mismo contestaciones cuerdas, mientras que el de un niño de muy corta edad se vé privado de dar respuesta alguna.

Todas las facultades y aptitudes se encuentran en embrion en el Espíritu, desde la creacion de este, si bien que en estado rudimentario; como se encuentran todos los órganos en el primer filamento del feto informe y todas las partes del árbol en la semilla. El salvaje que mas tarde llegará á ser un hombre civilizado, posee todos los gérmenes que un dia harán del mismo, un sábio, un artista ó un filósofo.

A medida que esos gérmenes llegan al estado de madurez, la Providencia dá al Espíritu, *para la vida terrestre*, un cuerpo apropiado á su aptitud y así es que el cerebro de un Europeo está mejor organizado y provisto de mayor número de órganos que el de un salvaje. *Para la vida espiritual*, la misma Providencia le facilita un cuerpo *fluidico* ó *perispiritu*; más sutil é impresionable que el anterior para otras sensaciones y á medida que el Espíritu adelanta, la naturaleza le dota de cuantos instrumentos le son necesarios.

En el sentido de desorganizacion, desagregacion de las partes y dispersion de los elementos, la muerte no existe sinó para la envoltura material y fluidica: el alma ó Espíritu no puede morir para progresar, porque perderia su individualidad, lo cual equivaldria á la nada. Hablando en el sentido de transformacion ó regeneracion, puede decirse que el Espíritu muere á cada nueva encarnacion para resucitar luego con nuevos atributos, sin dejar por esto de ser siempre el mismo. Sirva de ejemplo, para demostrar más palpablemente lo que acabamos de decir, un campesino que se enriquece y pasa á ser gran señor, ha abandonado su cabaña para habitar un palacio, y el paño burdo de que labraba sus vestidos por ricas telas y bordados; todo cambia en él; sus costumbres, gustos, lenguaje y carácter; en una palabra, no parece sino que el campesino ha muerto y ha enterrado su buñuel, para renacer tan mejorado que casi es desconocido. Y sin embargo es el mismo individuo, y en él no ha habido otra cosa que una transformacion.

Cada existencia corporal es, pues, para el Espíritu un motivo de progreso más ó menos perceptible. Vuelto al mundo de los Espíritus, lleva consigo un nuevo caudal de ideas; su horizonte moral se dilata; sus percepciones son mas finas y delicadas; ahora vé y comprende lo que antes no veia ni comprendia, y su vista, que al principio no iba mas allá de su última existencia, abarca sucesivamente todas sus existencias anteriores como el hombre que se eleva en el aire abarca cada vez un horizonte mas vasto.

En cada una de las estaciones del Espíritu en la erriticidad, se desarrollan á su vista nuevas maravillas del mundo invisible porque cada vez se descorre para él un nuevo velo. Al mismo tiempo su envoltura fluidica se mejora, vuélvese mas ligera y brillante hasta que por fin será resplandeciente. Es un Espíritu casi nuevo; es el labriego de que hemos hablado ántes, pulido y transformado: el Espíritu primitivo ha muerto, sin embargo siempre es el mismo Espíritu.

Hé aquí explicado el como debe entenderse, segun nuestro modo de ver, la muerte espiritual.

ALLAN KARDEC.

NUESTRO SISTEMA PLANETARIO.

VIII.

Júpiter.

Sin detenernos un instante á considerar ese grupo de pequeños planetas—ó de fragmentos planetarios segun algunos—que giran en el espacio que média entre Marte y Júpiter, ya que á estos les reservamos un lugar aparte más adelante; lleguémonos á contemplar ese mundo colosal que rueda magestuoso por el infinito espacio, seguido de sus cuatro satélites; ese mundo, feliz mansion sin duda de inteligencias superiores, que han llegado á alcanzar con su trabajo la dicha de poderle habitar, en alguna de las encarnaciones que Dios les ha concedido.

Júpiter, es en efecto un mundo admirable. Más de mil cuatrocientas veces mayor que el nuestro, con una temperatura siempre constante en sus diferentes zonas, un estío ó una primavera perpétua desplegará sus magnificencias en aquellas vastísimas regiones. Allí no hay invierno ni verano; en su largo año cuya duracion es casi igual á doce de los nuestros, los dias y las noches son siempre de la misma duracion, y las noches, las bellas

noches alumbradas por cuatro lunas, como otras tantas lámparas de alabastro suspendidas de la bóveda azul de los cielos.

Todo es armonía allí. Desde el ecuador hasta los polos hay una gradación insensible en la temperatura; en las regiones intertropicales, anchas bandas de nubes surcan constantemente la atmósfera, empujadas por corrientes de aire semejantes á nuestros vientos generales ó alisos, según ha podido observarse desde aquí. Un escritor, uno de los novelistas que más llaman hoy la atención pública—Julio Verne—ha dicho refiriéndose á Júpiter, que «con condiciones de existencia tan maravillosas, los habitantes de aquel mundo afortunado son seres superiores; que en él los sabios son más sabios, los artistas más artistas, los malos menos malos y los buenos mucho mejores.» No hemos citado esta definición del novelista francés, sino por lo mucho que dice en pocas palabras, y porque está conforme esta apreciación que se deduce de las condiciones físicas y astronómicas de aquel planeta, con lo que han dicho de él algunos Espíritus. (1)

Júpiter se nos presenta á la simple vista como una estrella de primera magnitud, su luz es viva y tranquila, examinado con un anteojo de alguna potencia, se descubren al rededor suyo tres ó cuatro puntos luminosos que son sus satélites.

A la distancia de 198.716,400 leguas, describe ese mundo colosal su órbita al rededor del Sol; órbita inmensa, cuyo desarrollo total no baja de 1,214 millones de leguas, que recorre con una velocidad de 11,675 leguas por hora.

¡Que grandioso espectáculo! ¡Qué vértigo causaría ver rodar por los abismos incommensurables del cielo, y con una rapidez tal, un globo cuyo tamaño excede á mil cuatrocientas Tierras reunidas!

Apesar de la velocidad de su carrera, tarda cerca de doce años de los nuestros en recorrer su órbita por entero; ó lo que es igual y dicho con más precisión, emplea en su movimiento de revolución sideral, 11 años, 315 días, 12 horas. Cada año de Júpiter es, pues, equivalente á ese espacio de tiempo para nosotros.

En cambio de tan largo año, el día es sumamente corto en aquel planeta; empleando sólo 9 horas, 55 minutos, 45 segundos en el movimiento de rotación, resulta que el día solar no será más que de unas 5 horas.

El volumen real de Júpiter es 1.528,718.930,600 miriámetros cúbicos, ó lo que es igual 1,414 veces mayor que la Tierra: su diámetro es 142.925,838 metros, y su superficie 641,735.994,310 miriámetros cuadrados, ó sea una extensión igual á 126 veces la superficie total de la Tierra. ¡Que vasto campo para saciar la ambición del más descontentadizo de nuestros conquistadores!... Pero Júpiter se halla á 159 millones de leguas; y á tal distancia, no es posible trasportar ni ejércitos ni cañones. No, á Júpiter no se le conquista con la violencia. Si aquel mundo es mejor que el que pisamos, como todo parece indicarlo, un sólo camino hay para llegar á él—no para conquistarle, sino para conquistar la dicha de habitarle—y ese camino se llama el amor, la caridad, las buenas obras; este es un camino seguro, y de cierto que nos llevará aún más lejos.

El eje de rotación de Júpiter apenas está inclinado sobre el plano de su órbita (sólo 3 grados 5 minutos) y á esta circunstancia se deben las ventajas que goza en cuanto á la estabilidad de la temperatura en una misma zona, y la duración siempre constante de los días y las noches.

La densidad de la materia de que está formado Júpiter es mucho menor que la de la Tierra, representada la de esta por 100, la de Júpiter lo está sólo por 24, véase, pues, cuanto menos grosera no es la materia que le constituye que la que forma nuestro mundo. Este hecho, comprobado por la ciencia, se presta á multitud de consideraciones que abandonamos al juicio de nuestros lectores.

Por razón de la distancia á que Júpiter se halla del astro luminoso, la luz solar que recibirá, será sólo la vigésima quinta parte de la que la Tierra recibe; ya que la intensidad de la luz varía en razón inversa del cuadrado de la distancia del foco que la produce.

Examinado Júpiter con el auxilio de un anteojo de bastante potencia, una de las pri-

(1) Véase la REVISTA del mes de Octubre de 1869, pág. 124

meras cosas que se notan en su disco, es, el aplastamiento considerable de sus polos, aplastamiento que, medido con los instrumentos que para este objeto se emplean, da un resultado de 7,960 kilómetros de diferencia entre el diámetro polar y el ecuatorial. La depresión es, pues, de 3,980 kilómetros en cada polo, lo que le da una forma parecida á la de una naranja.

La constitución física de los planetas, se deduce naturalmente de los fenómenos que en ellos se observan, valiéndonos de esos poderosos aparatos ópticos que hoy se emplean para explorar el cielo, y sorprender en aquellas apartadas regiones, las maravillas que allí ha desplegado el Divino Creador de todas las cosas. Dejemos hablar á Guillemin que nos describirá con mano maestra las observaciones que se han hecho respecto al planeta de que nos ocupamos.

«Anchas fajas parduzcas surcan el disco al norte y al sur del Ecuador; entre esas dos fajas, un espacio más brillante indica las regiones ecuatoriales, y por uno y otro lado, hácia las regiones polares se perciben una porción de estrias paralelas á las primeras, yá oscuras, yá luminosas. El brillo del disco es notablemente más apagado hácia los polos.

»Con un instrumento cuyo aumento sea insuficiente, las fajas parecen perfectamente longitudinales, pero con mejores condiciones ópticas, es fácil ver una porción de irregularidades; nuevas manchas transversales de forma dentellada, se cruzan en varios sentidos en medio de las fajas mismas.

»Una circunstancia importante, es, que las fajas oscuras no llegan al borde del disco, que parece más brillante en todo el contorno visible del planeta; y eso es en efecto lo que debe suceder, si se admite con W. Herschel, Beer, Maedler y Arago, que las fajas brillantes no son otra cosa que masas de nubes, al paso que las oscuras corresponden á aquellas regiones donde la transparente serenidad de la atmósfera permite descubrir las partes sólidas del planeta. Las masas de nubes vistas de frente reflejan una gran cantidad de luz; al paso que en los bordes, la intensidad luminosa se presenta disminuida por la oblicuidad; y al contrario las capas de aire transparentes al centro del disco, parecen más brillantes hácia los bordes, porque los rayos que parten del suelo han de atravesar capas más y más considerables.

»Además de las fajas oscuras y brillantes, se perciben manchas que afectan formas variadas; presentando alguna vez el aspecto de manchas solares; y es precisamente por esas manchas que se ha determinado la duración de la rotación. Las fajas y las manchas, varían por otra parte de aspecto y de posición; y hasta se ha visto en muchas épocas desaparecer enteramente la una ó la otra de las dos grandes fajas oscuras. Esto es precisamente lo que tuvo lugar en 1834 y en 1835 con la faja boreal.

»Es, pues, muy probable que tienen lugar allá fenómenos atmosféricos, y el paralelismo de las masas de nubes, se explica muy naturalmente por el sentido y la velocidad de la rotación. Las regiones ecuatoriales de Júpiter, son sin duda teatro de grandes corrientes de aire que tienen mucha analogía con los vientos alisios de nuestro planeta, con la sola diferencia—dice Arago—que el sentido en el cual se mueven las fajas brumosas es el inverso del que siguen los vientos alisios terrestres.

»El cambio de posición de las manchas irregulares, indica un movimiento propio; pero, según Beer y Maedler la velocidad notada en esa mudanza, se eleva todo lo más á 35 leguas por día, que es la de un viento ligero sobre nuestra Tierra. No hay, pues, lugar á imaginarse las violentas tempestades y los huracanes que allí se habían supuesto. Todo viene á hacer creer, por el contrario, que los fenómenos meteorológicos se producen con una gran regularidad sobre Júpiter; la larga duración de su año, la débil y lenta variación de sus estaciones, la densidad sin duda considerable de su atmósfera, la intensidad del peso en su superficie, son otros tantos hechos que concurren á producir una gran estabilidad atmosférica.» (1)

Hemos dicho que cuatro satélites alumbran las breves noches de Júpiter: digamos algo sobre ellos.

(1) *Le Ciel.*

El movimiento de revolucion de cada uno de estos, es tanto más rápido cuanto más próximo está á su centro de gravitacion.

He aquí sus distancias respectivas, y el tiempo que emplea cada uno de ellos en su movimiento de revolucion sideral:

Satélites.	Distancia al centro del planeta.	Duracion de la revolucion.
1.º	108,268 leguas.	1 dia 18 horas 28 minutos.
2.º	172,183 id.	3 id. 13 id. 14 id.
3.º	274,742 id.	7 id. 3 id. 43 id.
4.º	483,260 id.	16 id. 16 id. 32 id.

Las órbitas de los dos primeros son casi circulares, las de los otros dos son de figura más prolongada. El dominio de Júpiter abraza, pues, una extension de cerca de un millon de leguas de diámetro.

No todos estos satélites son iguales en volúmen; el diámetro del primero es 393 miriámetros, el del segundo 353, el del tercero 576 y el del cuarto 493. El tercer satélite de Júpiter, es, pues mucho mayor que el planeta Mercurio, y el cuarto á poca diferencia del mismo volúmen que el citado planeta.

«La intensidad del brillo de los satélites de Júpiter, no varia proporcionalmente á su volúmen; puesto que, en general, el tercero y el primero, cuyos diámetros son como 8 es á 5, parecen los más brillantes, y el segundo, el más pequeño y el más denso de todos es ordinariamente más luminoso que el cuarto, designado generalmente como el ménos brillante. Así mismo se ha notado en el centelleo luminoso de esos satélites, ciertas variaciones accidentales, que se atribuyen, tanto á modificaciones de la superficie, como á oscurecimientos en la atmósfera que les envuelve. Por lo demás, todos parecen reflejar una luz más intensa que la del planeta mismo.» (1)

El color de la luz que reflejan estos cuatro satélites, no es el mismo en todos ellos; lo del primero, segundo y cuarto tiene un tinte azulado, cuando la del tercero presenta un matiz amarillo, siendo probablemente ocasionado esta diferencia de color, por la naturaleza del suelo de los mismos.

En el disco del tercero y del cuarto han podido notarse algunas manchas.

Diremos para concluir, que desde Júpiter apenas es visible el mundo que habitamos. Sólo algunos minutos antes del alba, podrán descubrir allá en el oriente una muy pequeña estrella, apenas perceptible á la simple vista, cuyo débil y blanco fulgor desaparece luego, confundido en los raudales de luz del astro del dia. Unos seis meses despues, la misma estrella se dejará ver tímidamente y por pocos momentos en cielo del occidente, luego que el Sol haya traspuesto el horizonte. Esa pequeña y blanca estrella es la Tierra, nuestra actual morada, en la cual apenas habrán reparado los habitantes de Júpiter.

Marte y la Tierra, serán los únicos planetas inferiores que podrán observarse desde aquel mundo; en cuanto á Vénus y Mercurio es probable que no los conozcan ya por la distancia á que de ellos se encuentran, ya por que están constantemente envueltos en los resplandores solares.

LUIS DE LA VEGA.

LA AUTORIDAD DE LA IGLESIA (2).

Con este título hemos recibido de nuestro benévolo colaborador de Carcasona, el siguiente artículo, cuyo carácter de actualidad podrán apreciar nuestros lectores.....

Es cosa sabida que nuestros sacerdotes aseguran haber recibido de Dios el especialísimo encargo de dirigir y gobernar nuestras conciencias y voluntades. En cuanto á fé y

(1) Humboldt.—*Cosmos*.

(2) Le Phare de 16 Octubre 1871.

moral debemos oírles con ciega y absoluta obediencia. A ellos corresponde decirnos lo que es bueno y lo que es malo; lo que debemos creer y lo que no debemos creer, y por fin, lo que debemos hacer y lo que debemos evitar. Si llegara el caso de que nuestra razón se sublevara protestando, debiéramos ahogar en el pecho la voz de nuestro espíritu rebelde, que solo podía ser la voz de Satanás.

Sin embargo, los sacerdotes no son los mejores ni los más sabios entre los hombres. Cuando nacieron, Dios no marcó su frente con un sello particular, indicando su misión; de modo que son como la generalidad de los mortales, accesibles á las pasiones y siendo el orgullo y el afán de dominar los peores escollos, no tendría nada de particular que cedieran á sus perniciosas sugestiones, sin advertirlo, atribuyéndose sobre nosotros una autoridad exorbitante en vez de escuchar la voz de Dios que les habla por su propia conciencia. ¿Saben ellos si Dios, en contra mismo de lo que nos dicen, nos impone el deber de tomar como guía á nuestra razón y á nuestra conciencia, nuestros únicos ministros en este mundo? ¿Es que Dios no quiere que marchemos derechos con la cabeza erguida dirigiendo la mirada al cielo, en donde encontramos su gloria, en vez de encorbarlos hácia el suelo paciéndonos nuestra fé, como el ganado paca la yerba, bajo la dirección de pastores tal vez mas ignorantes que nosotros?

Hé aquí un gravísimo asunto que toca directamente á nuestros mas caros intereses, que son los del alma inmortal que vive en nosotros. Sobre todo es grave para los espiritistas, porque nuestra conducta depende del modo como se resuelven estas cuestiones. Es evidente, que si las pretensiones de los sacerdotes están bien fundadas, la obra de la regeneración religiosa que nosotros continuamos, no solo sería inútil, si que también perniciosa y criminal; de consiguiente debiéramos abandonarla; mas en caso contrario, estamos obligados á continuarla....

¿Quién podría, pues, condenarnos formalmente, si antes de tomar una resolución, nos creemos en el caso de reflexionar, examinar y estudiar?

Al empezar nuestras investigaciones, nos hallamos algo confusos y caemos en extrañas perplexidades: nos encontramos, lo que en buena lógica se llama, dentro de un círculo vicioso. Un sueño parece esto y sin embargo estamos en plena realidad.

En efecto, si preguntamos de dónde le viene á la Iglesia su autoridad, se nos contestará que de los cuatro Evangelios canónicos que la establecen de un modo irrefutable. Si á continuación insistimos en querer saber de dónde estos cuatro evangelios sacan su autoridad, se nos contesta que de las decisiones de la Iglesia que los escogió, eligió y rebuscó entre cincuenta y cuatro, poco más ó ménos, y en virtud de su infalibilidad, designados como siendo los únicos escritos bajo el dictado del Espíritu Santo.

De modo que la autoridad de la Iglesia se prueba por la autoridad de los Evangelios y la autoridad de los Evangelios por la autoridad de la Iglesia, es decir, que en definitiva la Iglesia no presenta otra prueba de su autoridad que su propia autoridad y afirmación.

Es menester confesar que no será demasiado exigir si pedimos algo mas, y sin embargo no puede dárseles otra cosa!

Desde luego podríamos rehusar, sin ninguna clase de cumplimientos, el reconocimiento de esta autoridad, de la que se envanece la Iglesia, porque no presenta ninguna prueba y en asuntos tan importantes la afirmación pura y simple de la parte interesada, no puede bastar.

Mas nosotros queremos dar á la Iglesia todas las ventajas de la discusión, aceptando la autoridad de los Evangelios, aunque no sepamos cuándo ni por quién fueron redactados y contengan contradicciones y errores—lo que estaría poco conforme con su origen divino—Con todo, si bien es verdad que hay en ellos mucho soroque, hay también el oro puro de la palabra de Cristo.

En primer lugar, dirijamos una pregunta á la Iglesia Romana: Si como dice, los Evangelios contienen la resplandeciente prueba de su autoridad ¿en qué consiste que pone todos los medios para evitar su lectura en vez de hacer esfuerzos para propagarlos? ¿No es esta una singular contradicción?

Sobre este asunto encontramos en Delaure una cita muy curiosa que merece ser reproducida para edificacion del lector.

—En 1553, el Papa Julio III, no sabiendo cómo defender su poder contra las invasiones del protestantismo, consultó con tres obispos italianos para que le digieran qué es lo que debía hacer con más acierto. Estos prelados, en uno de sus consejos, dijeron, que no debía permitirse la traduccion de los libros santos y muy particularmente la de los Evangelios, al idioma vulgar.—«Bastan los fragmentos que por costumbre se leen en la misa, —dicen de todos los libros, el Evangelio es el que mas ha contribuido á levantar contra nosotros las tempestades que mas nos han abismado. El que quiera examinarlos con atencion y compararlos despues con lo que el uso ha introducido en nuestras iglesias, no podrá menos de notar que nuestras doctrinas se separan mucho de sus enseñanzas, y aun les son contrarias algunas veces, etc.....» (*Fasciculus rerum expetendarum et fugiendarum*. Tomo II, página 644.)

Estos obispos tienen razon, sobre todo en la cuestion que nos ocupa: El Evangelio, léjos de constituir derechos y autoridad á la Iglesia, rechaza con textos formales, toda constitucion de iglesia y de cuerpos sacerdotales, separados de los fieles por privilegios particulares y por títulos y distinciones honoríficas. Cristo no quiere nuevos sacerdotes en reemplazo de los que El vino á combatir, porque sabia que inevitablemente volverian á tomar la tradicion y continuarian la obra funesta de sus predecesores. El no quiere ya á los hombres que arrastran largas vestiduras, que desean se les salude en las plazas públicas, que se les llame rabis ó pastores, maestros ó doctores, que con el pretexto de largas oraciones devoran las casas de las viudas. Quiere, que entre los que siguen sus enseñanzas reine la mas perfecta igualdad, que nadie pretenda elevarse sobre los demás, que se consideren como hermanos y se quieran como tales. La única superioridad debe ser la moral, la que no quiere ningun privilegio, ningun título y ninguna señal exterior de distincion, porque esta moral se funda en el amor que nos conduce á servir y no á mandar, á humillarnos y no á elevarnos, á sacrificarnos por nuestros hermanos y no obligarles á doblar la cerviz á nuestro dominio.

Para el enviado Divino que selló con sangre su doctrina, el sacerdote debe ser el más honesto y el más virtuoso: no quiere otros.

«Mas en cuanto á vosotros—dijo á sus discípulos—no deseéis que nadie os llame rabis, ó doctores, pues sois todos hermanos.—Tampoco llameis padre á nadie en la tierra, porque vosotros solo teneis un Padre que está en los cielos.—Y que nadie os llame maestros ó pastores, porque vosotros solo teneis un maestro ó pastor que es el Cristo.—El que es mayor entre vosotros será vuestro siervo.—Porque el que se elevará será humillado y el que se humille será ensalzado. (San Mateo C. XXIII.)

Y repite estas recomendaciones todas las veces que el demonio del orgullo, amparándose de sus discípulos se querellaban ó disputaban cuál de ellos sería el mayor.

Y sin embargo, nuestros sacerdotes se hacen llamar padres en el confesonario, y tenemos además los *Padres Carmelitas!* los *Padres Capuchinos!* los *Padres Jesuitas!* los *Padres Dominicos* y otra multitud de Padres! Aparte de estos, tenemos las *Reverencias*, las *Grandezas*, las *Eminencias*, las *Señorías* y en lo más encumbrado de la pirámide á *Su Santidad* ciñendo su frente la triple corona. Decidnos, pues de buena fé, si la Iglesia Católica no parece sino que se ha empeñado en hacer todo lo contrario de cuanto Cristo ordenó y ordena en nombre de su Padre celeste?

Sin embargo, la generalidad cree, que todo se salva y queda satisfecho arrodillándose ante El y llamándole Señor! Señor! Mas esto es un error; esta ilusion no puede durar, ó sinó escuchemos otra vez el Evangelio.—«Aquellos que me dicen Señor! Señor! no todos entrarán en el reino de los cielos; mas solo entrará en él, aquel que haga la voluntad de mi padre que está en los cielos. (San Mateo. C. VII., v. 21). Y la voluntad del Padre nosotros la conocemos ya.

A estas terminantes declaraciones, ¡qué es lo que la Iglesia puede oponer para apoyar su tésis? Los textos tan poco claros, tan poco concluyentes, que durante siglos, los teólo-

gos han batallado para saber á quiénes debían conceder esta infalibilidad tan querida, los unos atribuyéndola al *Papa ex cathedrâ*! los otros, á los concilios ecuménicos y los otros por fin á las decisiones de estos concilios ratificados por el Papa. ¡Qué Babilonia! Es verdad, que hace poco el concilio reunido en el Vaticano, ha decidido por fin que la infalibilidad pertenece únicamente al Papa, pero esta decision está muy lejos de haber satisfecho á todos. Preguntadlo sino al padre Jacinto, al canónigo Doellinger y á los muchos católicos que les siguen en su cisma.

«Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las fuerzas del Infierno no prevalecerán contra ella.—A tí daré las llaves del reino de los cielos.—Paz mis ovejas, paz mi rebaño.—Yo ruego por tí á fin de que tu fé no desfallezca. A tí toca fortalecer la de los otros hermanos.»

De estas palabras dirigidas por Cristo á Pedro, monseñor Deschamps y los ultramontanos, dedujeron la primacía y la infalibilidad de Pio IX. La consecuencia nos parece un poco forzada.

¡Qué relacion puede haber entre el pobre pescador de Galilea y el hombre triplemente coronado, que se sienta en púrpura de oro en el Vaticano, y que *humildemente* dá á besar su pié á los que le van á visitar!

Se nos dice, que Pedro fué Papa de Roma; Pio IX es su sucesor en línea recta, y todo lo que Jesús decía á Pedro, lo decía también á Pio IX, así como todo lo que decía á los Apóstoles, lo decía á monseñor Deschamps, y todo lo que decía á los discípulos lo decía al último cura de aldea.

En primer lugar, es positivo que Pedro nunca estuvo en Roma, ni nunca fué Papa. Que Pablo estuviera, se con ibe, porque Pablo es el apóstol de los gentiles, mientras que Pedro era el de los Judíos, y su puesto estaba en Jerusalem. En efecto, en esta ciudad pasó su vida terrestre. Si hubiese estado en Roma, Pablo, que en sus epístolas menciona á todos los principales cristianos de esta capital del mundo, no hubiera dejado de hablar de él, lo que no hizo. Es verdad que para probar su residencia en Roma se enseña su tumba y las cadenas con que le cargaron. Esto es lo mismo que si se enseñaran las botas del Coco para probar la existencia de este héroe de los cuentos infantiles!

Además, sería probar que las palabras de Jesús, que se citan con tanta complacencia, implican la primacía é infalibilidad del mismo Pedro, lo que no es así.

No es así, porque Cristo declaró muy esplicitamente, como hemos visto, que no quería distinciones entre sus discípulos;—porque Pablo tomó el título de Apóstol y predicó el Evangelio sin consultar con Pedro, ni pedirle autorizacion;—porque el mismo Pablo en Antioquía *increpa á Pedro estando en su presencia, porque era reprehensible* y le reprocha su disimulo. (Ep. de S. Pablo á los Galatas, C. II.)

No es así, porque Cristo llamó á Pedro, *hombre de poca fé* y que un instante despues de haberle dirigido el famoso «*Pedro, tú eres piedra...*» le dijo: «*Apártate de mí Satanás, que me sois piedra de escándalo, porque no teneis afición á las cosas de Dios sino á las cosas de los hombres.*» (San Mateo, C. XVI., v. 23.)

Ignoramos si estas palabras las tomará también para sí Pio IX, pero sí que nos parece evidente que debilitan singularmente el efecto de las precedentes, por lo que se guardaron muy bien de citarlas.

Jesús dijo á Pedro—«sois bienaventurado, Simon, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre os han revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos.» (Cap. XVI, de San Mateo) pero de este capítulo retrocedamos al Cap. XIV. ¿qué es lo que encontramos en él?—Jesús marchando sobre las aguas conduce á Pedro hácia la barca, en donde están sus discípulos, el cual quiso ir delante de él, y acababa de echarle en cara su falta de fé.—«Y habiendo subido en la barca cesó el viento.»—33. Cuando los que estaban en la barca acercándose á El, le adoraron, diciéndole: verdaderamente vos sois el hijo de Dios.»—Esto debió oírlo muy bien Pedro. ¿Había pues necesidad de que algun tiempo despues, el mismo Dios revelara á Pedro lo que todos los de su alrededor habían dicho? ¿No tendríamos razon de decir que las palabras de Jesús fueron dichas en razon del aturdimiento con que Pedro acababa de hablar?

Los Evangelios nos presentan á Pedro con un entusiasmo irreflexivo, cuya fé vacilaba á cada paso, estaba siempre dispuesto á hacer las protestas mas ardientes, olvidándolas un instante despues. — ¡Señor! dijo á Cristo en el momento que le prendieron, estoy dispuesto á seguiros en vuestra prision y si es menester hasta la misma muerte!—Apenas habian trascurrido tres horas le habia negado tres veces.

Pablo vino á Cristo y continuó su obra: entre los Judíos se considera como el primero de los Apostoles, y sin razon quizás, como el verdadero fundador del cristianismo, que ellos llaman *Paulismo*.

Por fin, quedaria aun para probar que todos los poderes sin escepcion, concedidos por Cristo ya sea á Pedro ya á los apóstoles ó á sus discípulos, lo fueron del mismo modo al Papa, á los Obispos y á los simples sacerdotes. De todos estos poderes, solo se mencionan aquellos que no se pueden comprobar: el poder de perdonar los pecados, abrir y cerrar á su voluntad las puertas del paraíso, y lo que hemos dicho ya, de no equivocarse jamás en materia de fé. Pero se olvidan ó fingen olvidar, que Cristo concedió á las apóstoles otros poderes cuya comprobacion seria más fácil.

—En efecto, ¿no les concedió la facultad de echar á los demonios, de curar enfermedades, de domesticar las serpientes, de hablar nuevos idiomas y beber los venenos sin malas consecuencias?

Pues bien: desde el último de los sacerdotes hasta el soberano pontífice de Roma, que hagan estas cosas y veremos entonces si nos conviene creer en su poder de perdonar nuestros pecados ó retenerlos; de abrimos ó cerrarnos las puertas del cielo. Pero será preciso que lo hagan, sinó no podemos creerles, ni vos tampoco indudablemente, querido lector.

UN ANTAGONISTA DEL ESPIRITISMO EN ULTRAMAR.

La doctrina Espiritista ha merecido en Montevideo los honores de la *fiscalizacion* al Sr. Presidente de la Comision Censora y Redactora del *Club universitario*.

Tenemos á la vista tres artículos que bajo los epígrafes «Espiritismo á vuelo de pájaro», «Cero y van dos», «El pez por la boca muere», ha insertado aquel señor en los periódicos *El siglo* y *Club Universitario*.

Si bien los ataques y objeciones, que en esos artículos se hacen á la doctrina Espiritista, son lijeros, sin fundamento y ponen de manifiesto más presuncion que sólida instruccion en su autor, eso no obstante, algunos Espiritistas de Montevideo han creido conveniente contestarlos, y contestarlos sériamente, tal vez por mera cortesía.

Sea enhorabuena.

Ante tan *atlético* antagonista nosotros preferimos evitar la lucha, y escaparnos por la tanjente ó por donde podamos. Si nuestra fuga le da pié para ametrallar al Espiritismo con nuevas bufonadas de su bien surtido repertorio, tanto mejor para él que así le proporcionamos el modo de adquirir en propiedad y gratis el título de *Bufon del Espiritismo*.

Perdónenos el Sr. P. D. pero no dude que le será más fácil hacer reportar beneficios positivos á la humanidad con sencillas explicaciones acerca del «arte de engordar cerdos», que ilustrarla con sus escritos llenos de *hueca* erudicion, y con sus discusiones en las que en vez de desear convencer ó ser convencido, manifiesta desde las primeras líneas un pueril empeño en aparecer chistoso á costa de su contrincante. Es por eso que nos atrevemos á aconsejar á los Espiritistas de Ultramar que no pierden el tiempo en estériles discusiones con inteligencias ó Espíritus *faux-savants* encarnados ó errantes.—P. I.

CONVERSACIONES FAMILIARES DE ULTRA-TUMBA.

MONTEVIDEO 23 DE SETIEMBRE DE 1871.

MÉDIUM J. J. B.

Evocacion del Espiritu de Miguel Paes.

P.—¿Qué habeis sentido al dejar vuestra envoltura corporal?

E.—Confusion, desórden: no supe al principio lo que en mí se operaba.

P.—Este estado duró mucho tiempo?

E.—No puedo precisarlo con exactitud, pero fué de poca duracion en razon á que de antemano estaba prevenido, pues veia aproximarse por momentos mi partida.

P.—Sois dichoso?

E.—Sí; pero no tanto como podria serlo si hubiese cumplido con todos mis deberes, pues siento que tengo que principiar una nueva existencia y temo que me falte la fuerza y su-cumba volviendo á estacionarme.

P.—Podeis decirnos si veis en donde estais, algo de grande y sublime?

E.—Todo aquí es distinto al mundo que habité: no me es posible abarcar el conjunto, pero puedo deciros que yo mismo admiro la rapidéz con que nos transportamos á un punto cualquiera. Esto ya constituye una dicha, puesto que nos proporciona el medio de ver y adquirir lo que nos es necesario para nuestro adelanto. Por otro lado, Espíritus elevados vienen á la esfera en que me encuentro. contemplo su dicha, pero cuando en mí anhelante deseo, quiero seguirlos, desaparecen y no me es posible penetrar en sus regiones. Aquí nos buscamos por simpatía como soleis hacerlo en la tierra, con la diferencia que nuestra ocupacion constante es de procurar instruiros y dar algunos pasos hácia Dios.

P.—¿Porqué no os habeis comunicado antes?

E.—Me haceis un cargo que yo pudiera haceros. Perdonad! Perdonad! ¿Porqué no me habeis evocado vosotros? Además, preciso es que convengais que aunque tengo mi libre alvedrío, hay ciertos límites que no podemos traspasar sin permiso.

P.—Teneis facilidad en ver las personas que habeis amado?

E.—Sí, y otras muchas que en anteriores existencias han sido objeto de mi cariño, ya encarnadas, ya desencarnadas.

P.—¿Qué os parece de nuestras reuniones espiritistas?

E.—Es el mejor camino que podiais tomar para perfeccionaros, seguid, no os faltará la asistencia de Espíritus bienaventurados que teneis presentes y procuran inspiraros buenas resoluciones.

Adios, os dejo para hablaros otro dia, si lo teneis á bien y puedo seros útil.—Os ruego que imploreis á Dios para que en mi nueva existencia, conserve el recuerdo de esta vida á fin de que no me ocupe tanto de lo material, único temor que me asalta.

P.—Adios; volveréis si os evocamos?

E.—Sí, siempre que me sea posible.

MIGUEL PAES.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS.

MÁXIMAS MEDIANIMICAS.

(Barcelona Setiembre de 1871.)

MEDIUM M. C.

Antes de tomar una resolucion, por insignificante que te parezca, medítala mucho. Un minuto de irreflexion cuesta á veces siglos enteros de pesar y de remordimiento.

Pon por base de todas tus acciones el cumplimiento del deber.

Aunque te aplaudan muchos, considera que siempre son mas los que te reprueban y censuran.

No hay virtud, cuando no hoy desinterés, cuando se piensa exclusivamente en sí mismo. El egoismo es la negacion de todas las virtudes. Huye de él.

Anda siempre con pocos y buenos amigos. Una buena compañía es una estrella que ayuda á buscar y seguir el camino. Un mal amigo es un pozo sin fondo, donde nunca se cesa de caer.

No pienses mal de los otros; pero no te fies incondicionalmente de todos los que á tí se acerquen. Muchos hombres hieren como la espada, sin saberlo; muchos hombres perjudican sin quererlo. Por eso no te debes confiar á todos, á pesar de que todos han de merecerte aprecio, respeto y hasta amor.

Hay una virtud que comprende y sintetiza todas las obras: la caridad. Sé caritativo, y no temas. La caridad abre y cierra la puerta. La abre al bien; la cierra al mal. Es la llave que abre y que cierra, mencionada en el Evangelio.

La virtud no busca premio. Si se lo dan, lo acepta, y aun créese que no lo merece. Procura imitar á la virtud, ya que no te sea posible convertirte en la virtud misma.

No ódies á nadie. El odio aparta, y todos necesitamos vivir unidos unos á otros para socorrernos.

A veces el aguijon que hiere y lastima, cura y sana. Así son muchos hombres. Bien comprendidos, pueden prestar grandes servicios, á pesar de sus grandes imperfecciones.

Huye del vicio; porque destruye.

JUANA J... (*El Espíritu de la madre del Médium.*)

CONSEJOS.

(Montevideo: Setiembre de 1871.)

MÉDIUM.—J. DE E.

Tras la tormenta luce el Iris.

Todo, absolutamente todo, está sugeto á leyes inmutables.

Si no quieres sufrir no hagas padecer.

El trabajo dá su fruto con abundancia si es constante, y se cosecha poco si es débil ó periódico.

Busca á Dios en sus obras.

Aprende y no hagas alarde de que sabes porque la verdadera sabiduría es humilde. Conócete á tí mismo, dijo un sabio; yo que no lo soy, te aconsejo que te domines si quieres conocerte.

Si el hombre juzga con su pequeñez, siempre serán cortos sus adelantos. Arroja fuera de sí amor propio y vanidad.

Si elevara su Espíritu, pronto comprendería que muy lejos de la humanidad terrestre, están aun la verdad y lo que busca en vano.

¡Oh, Dios mio! ¡Oh tu, que tan sábio te muestras por tus obras! ¡Oh tu, Señor y Creador, que no desdenas la súplica de los humildes! ¡Oh tu, en fin, mi Bienhechor y Padre Eterno, que al pobre como al rico, al débil y al audaz, y á todos amas y enseñas á salir de sus errores! ¡Cuándo y cómo podrá la criatura pagar lo que te adeuda!

¡Amándote y bendiciendo tu nombre, no hace el mortal mas que trabajar por su adelanto y nada para tí, que eternamente le colmas de bienes y goces infinitos, si tus leyes no desprecia, y oye la voz de su conciencia. Tu eres la grandeza y amor que cobija lo creado! Hermanos! la ley divina, la ley salvadora, es el mútuo amor entre los hombres y la única senda que conduce hácia el progreso moral y material.

EL ESPÍRITU DE ANTONIO PEREZ.

MISCELÁNEA.

El Espiritismo en Madrid.—Dice *La Correspondencia de España* en su número del 15 de octubre:

«Personas que han presenciado los trabajos de la sociedad *Espiritista española* dicen que el Espiritismo merece por su importancia y gran trascendencia ocupar la atención de los amantes de los adelantos y de las ciencias.»

Eso mismo hemos dicho nosotros muchas veces desde las columnas de nuestra humilde REVISTA; eso mismo han dicho y repetido todos los periódicos espiritistas nacionales y extranjeros, y nos alegramos infinito que la *Correspondencia*—periódico que no creemos participe de nuestras creencias filosóficas—lo diga á su vez, áunque sólo sea por si su voz llega más lejos que la nuestra. Sí; «merece» el Espiritismo «por su importancia y gran trascendencia ocupar la atención de los amantes del adelanto y del estudio;» por «su importancia», porque cuando ménos *prueba* de un modo irrecusable la existencia del alma y la supervivencia de esta despues de la muerte del cuerpo, lo cual no es poco en una época de escepticismo como la actual; por su «gran trascendencia» porque en el Espiritismo está desenvuelto un gran sistema filosófico que ha de modificar profundamente el mundo que habitamos.

Hé aquí ahora otro suelto que tomamos así mismo de un periódico madrileño:

«Anoche asistimos á la sesion de espiritismo que tuvo lugar en la calle de Cervantes,

»núm. 24, desde luego quedamos sorprendidos al ver que personas distinguidísimas y muy conocidas en ciencias, armas y otras carreras, le dieran á aquella un carácter altamente grave y formal. La espresada sesion se redujo á hacer preguntas ya políticas, ya religiosas de alta trascendencia, á las cuales los espíritus de Horacio, Cervantes y otros hombres ilustres, que ya no existen, vienen á contestar de una manera brillante, ya por las formas del lenguaje, ya por la variedad de los conceptos.

»Como para nosotros todo lo verificado allí está en contra de nuestro criterio, de nuestra razon, de nuestro modo de ver y mas aun de la imposibilidad física y moral de que sea positiva la evocacion, que nosotros podemos llamar de *ultra tumba*, y observamos con cierta estrañeza que se le quiere dar un carácter de verdad á lo que es de todo punto irrealizable.

»Preguntando á un señor que estaba á nuestro lado sobre el estraño medio empleado para obtener la respuesta del espíritu evocado, cual no es otra cosa sino emborronar papel con mucha precipitacion, nos contestó que eran los espíritus los que así lo hacian.

»De buena gana, si se nos permitiera, en la sesion inmediata, haríamos una pregunta, no abstracta, como se hace entre los espíritus, sino concreta; y si los espíritus contestaban satisfactoriamente, entonces podríamos vacilar de nuestras creencias de ahora.»

¿Si creerá este buen señor que los Espíritus tienen un gran interés en hacerle «vacilar en sus creencias de ahora?»

En sus propias palabras, se nota ya un hecho que no deja de llamar la atencion. Dice en primer lugar, que los Espíritus contestaron á las preguntas «de alta trascendencia» que se les hicieron, «de una manera brillante, yá por las formas del lenguaje, yá por la variedad de los conceptos.» Y luego añade que esas respuestas se obtenian «emborronando papel con mucha precipitacion.» ¿Cree acaso cosa muy fácil, y al alcance de cualquier persona obtener brillantes conceptos emborronando cuartillas precipitadamente? Nos parece que lo sabrá por experiencia.

Una de dos: ó los médiums que allí «emborronaban papel» eran génios de primer orden, puesto que de tal modo improvisaban, (y en este caso engañaban á sabiendas ó de lo contrario á pesar de su talento eran los primeros engañados) ó se limitaban á estampar en el papel cual meros instrumentos, lo que recibian de inteligencias extracorporales.

Por lo demás; siga de buena fé en su deseo de averiguar la verdad que hay en el Espiritismo, que desde luego le aseguramos que á pesar de que «todo lo verificado allí está en contra de su criterio, de su razon, de su modo de ver y aún de la imposibilidad de que sea positiva la evocacion,» obtendrá resultados que le harán «vacilar de sus creencias de ahora.»

* * *

Quién inspiró el último dogma romano.—Hé aquí el razonamiento de un cardenal romano á propósito del dogma de la infalibilidad:

«Convengo en que efectivamente habia otra cosa que hacer; cuando el edificio religioso «tiembla en sus cimientos, no es la mejor ocasion de buscar los cristales rotos; pero era preciso HACER este dogma, porque el Papa lo *queria*, y yá sabeis QUIEN le impulsaba á ello.» (*Discurso del P. Jacinto en Munich.*)

Hasta ahora se habia creído que los dogmas romanos eran obra del Espíritu Santo, valiéndose para ello de los Padres del Concilio, convertidos en médiums parlantes inspirados; pero el razonamiento del Cardenal á que se refiere el P. Jacinto, desvanece esa creencia respecto al último dogma, pues esplicitamente declara que Pio IX *queria* ser infalible porque á ello le *impulsaba*, no el Espíritu Santo, sino otros espíritus, y por cierto muy encarnados aún en la débil humana naturaleza.

¿A qué, pues, aquella magestuosa invocacion *Veni creator spiritus*?

¿Es justo ni conveniente hacer al Espíritu Santo el obligado editor responsable de nuestras miserias humanas?

Paja de romanismo entre dos periódicos católicos.—«En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros.» *Evanjelio de Juan, cap. XIII, v. 35.*) Dos periódicos católicos romanos de esta localidad, han dejado abierta por descuido la valvula de escape de sus biliosidades y antipatías, y en nombre de la *verdad católica* se lanzan el anatema, y se califican mutuamente de hereges, fariseos, pedagogos, etc., etc. A confesion de partes, relevo de pruebas.

¡Por Dios hermanos! Méenos Syllabus, méenos Encíclicas, méenos Breviario romano, y más espfritu Evanjélico ó Cristiano.

*
* *

Nuevos autos de fé.—Segun vemos en un anuncio que tenemos á la vista, parece que existe en Barcelona una Junta nombrada por el Sr. Vicario Capitular de esta diócesis, que el dia 1.º de abri de 1872, adjudicará una *rosa de oro* á la persona que hubiese entregado á su párroco, mayor número de libros protestantes ó *impíos*, el cual debe quemarlos enseguida que los reciba «sin pérdida de momento.» En igual fecha del año actual, fué ya adjudicada una *rosa de oro* al que llevó más libros al quemadero.

Los periódicos dieron cuenta hace algun tiempo de un *auto de fé* en toda regla, que tuvo lugar en la plaza mayor de un pueblo de estos alrededores, quemándose allí multitud de Biblias y otros libros igualmente *impíos*; pero aquí sin duda estos actos se verifican á puerta cerrada.

¡Siempre la misma aficion, hoy que no se permite quemar hombres, se queman libros!..

*
* *

Fenómenos sonambólicos.—Hace algunos dias, que vienen insertándose en los periódicos de esta capital varios comunicados relatando hechos sonambólicos, que están llamando la atencion de los barceloneses.

Hé aquí uno de ellos publicado en *La Imprenta*:

«Señor director de *La Imprenta*:

»Muy señor mior: Habiendo pasado á casa del doctor italiano don José Morana, calle de »Barbará, núm 15, 2.º, izquierda, profesor de magnetismo, con objeto de consultarle sobre una enfermedad crónica que padecía del pecho, este señor me puso en relacion con »el sonámbulo manifestándome este la enfermedad que tenia, diciéndome al mismo tiempo las medicinas que habia de tomar para conseguir mi restablecimiento; hoy tengo una »gran satisfaccion en consignar en honor al citado Sr. Morana, que me encuentro completamente bueno.

»Consultando si podria saber donde se encontraba un reloj que se me habia perdido, el »sonámbulo me hizo una perfecta descripcion de la fisonomía del sugeto que lo tenia, diciéndome á la vez su nombre, la calle y número de la casa donde habitaba. Para que el »ilustrado público de esta capital conozca la verdad de esta sublime ciencia, basta con decir que el reloj se halla hoy en mi poder y que lo que dejo dicho estoy dispuesto á probarlo en todo tiempo si alguna persona pusiera en duda estos hechos.

»Soy de V. con toda consideracion afmo. S. S. Q. B. S. M., *Benjamín Guía.*»

Estos hechos no tienen nada de estraordinario, dada la lucidez y buena asistencia espiritual del sonámbulo; pero esto no quiere decir que *siempre y en todo caso* los resultados sean tan satisfactorios.

Para que un hecho tenga lugar, es necesario que concurren á su produccion las circunstancias propias para que este se verifique. Si queremos obtener chispas por medio de la máquina eléctrica, es preciso que la coloquemos en circunstancias favorables, en una estancia cuya atmósfera no esté sobrecargada de humedad, pues de lo contrario, por más que nos fatiguemos dando vueltas al disco de cristal, no obtendremos una sóla chispa. Si queremos obtener una cristalización cualquiera, es preciso tambien que pongamos los vasos en condiciones favorables, pues de lo contrario resultará una masa informe en vez de

una cristalización regular. En la mano del hombre está la facilidad de poner los instrumentos materiales que sirven para sus operaciones, en las condiciones requeridas para el mejor resultado de sus trabajos: pero, ¿puede decirse otro tanto cuando no basta nuestra sola voluntad para que un fenómeno tenga lugar, sino que para la producción del mismo han de tomar parte otras voluntades extrañas á nosotros? Sólo conociendo el Magnetismo, se comprende el *porqué*, no siempre se cumplen á medida de nuestro deseo, los resultados que deseamos obtener.

A las decepciones que han tenido lugar—especialmente cuando se ha querido aplicar el Magnetismo á la investigación de hechos como el que cita en último lugar el firmante—se debe el que muchos hayan calificado de farsa los hechos sonambúlicos, porque hay una tendencia muy marcada entre nosotros, á rechazar de repente y sin más exámen, aquellos fenómenos que no se reproducen constantemente á medida de nuestro deseo.

Hé aquí otro hecho no ménos notable que el anterior, pero que, así como aquel no tiene nada de extraordinario:

«Ciudadano director de *La Independencia*.

«Muy señor mío: Tenga usted la bondad de continuar en su apreciable periódico las siguientes líneas, que considero de interés general para el público y hasta para la ciencia de curar.

«Sumida en una aflicción profunda por el estado de mi hijo Juan Seuba, quien, según opinión del facultativo, si curaba de su afección quedaría sujeto á una enagenación mental, tenía dispuesto lo necesario para trasladar dicho mi hijo al hospital. En esto fui á visitar el viernes 27 de octubre al magnetizador italiano doctor don José Morana, que vive en la calle Conde del Asalto, núm. 46, piso 2.º, cuyo señor habiendo magnetizado á su sonámbulo dió lugar á varios fenómenos extraordinarios. El sonámbulo examinó la casa en donde vió á mi afligido esposo y dos personas mas que le acompañaban, vió y examinó á mi hijo, y despues de decir que su enfermedad cederia muy pronto á beneficio de las indicaciones que haria, de repente dijo: Se lo van á llevar al Hospital, corran á impedirlo; y en efecto, salí corriendo y hallé ya en la calle á mi hijo, en dirección al Hospital.

«En seguida practiqué cuanto indicó el sonámbulo y á las tres horas habia cesado la agitación de mi hijo, quien durmió en seguida sossegadamente.

«Desde aquel momento mi hijo se ha ido restableciendo con rapidez y continua en muy buen estado.

«Sirva esta pública manifestación de justa satisfacción al doctor señor Morana y de aviso al público, para que no ignore que en casos desesperados aun hay donde recurrir, y para mas satisfacción del público si alguno dudase de la verdad puede en toda ocasión, para garantirla, pasar á la calle de San Martín, núm. 10 piso 4.º, en el mismo enfermo.

«Soy de usted afma. S. S. Q. B. S. M.—Por mi señora madre, *Isabel Seuba*.

«Barcelona 30 de octubre de 1871.»

Algunos otros remitidos hemos leído en los periódicos, que nos abstenemos de publicar en este número.

VARIEDADES.

LAS PARADOJAS DE LA CIENCIA.

Lúmen.

RELATO DE ULTRA-TIERRA, POR CAMILO FLAMMARION (1).

I.

Sitiens.—Ma prometisteis, ¡oh Lúmen! hacerme el relato de aquella hora extraña, extraña entre todas, que siguió á vuestro último suspiro; y contarme cómo, por una ley

(1) Tomado de *El Universal*, periódico de Madrid.

natural, aunque singularísima, volvisteis á ver el pasado en el presente, y penetrásteis un misterio tan oscuramente escondido hasta hoy.

Lúmen.—Voy, mi viejo amigo, á cumplir mi promesa, y gracias á la larga correspondencia de nuestras almas, espero que comprendereis este fenómeno, *extraño*, según vuestra calificación. Hay contemplaciones cuyo poder no puede, sino difícilmente sostener el ojo mortal. La muerte que me ha libertado de los sentidos débiles y fatigables del cuerpo, no os ha tocado todavía con la mano libertadora. Perteneceis al mundo de los vivos. A pesar del aislamiento de vuestro retiro, en esas magestuosas torres del arrabal de Saint-Jaques, á donde no va el profano á distraer vuestras meditaciones, formais parte de las existencias terrestres y de sus preocupaciones superficiales. No os asombréis, pues, si en el momento de asociaros al conocimiento de mi misterio, os invito á aislaros más todavía de los ruidos exteriores y á concederme toda la *intensidad de atencion* que vuestro espíritu es capaz de concentrar en sí mismo.

Sitiens.—Solo para oiros tengo oídos, ¡oh Lúmen! y solo para aplicarme á comprenderos tengo espíritu. Hablad, pues, sin temor y sin rodeos, y dignaos hacerme conocer esas impresiones, desconocidas para mí, que suceden á la cesacion de la vida.

Lúmen.—¿En qué punto deseais que comience mi relato?

Sitiens.—Si os acordais, á partir del momento en que mi mano temblorosa os cerró los ojos.

Lúmen.—¡Oh! la separacion del principio pensante y del organismo nervioso no deja en el alma ninguna especie de recuerdo. Es como si las impresiones del cerebro que constituyen la armonía de la memoria, se borrarán enteramente para renovarse muy pronto bajo otro modo. La primera sensacion de identidad que se experimenta despues de la muerte se parece á la que se siente al despertar durante la vida cuando volviendo poco á poco á la conciencia de la mañana, se está todavía asediado por las visiones de la noche. Solicita por el porvenir y por el pasado, el espíritu trata á la vez de recobrar plena posesion de sí mismo y de apereibir las impresiones fugitivas del sueño desvanecido, que todavía pasan por él con su cortejo de cuadros y de sucesos. A veces, en este mirar retrospectivo, un sueño avasallador, bajo el párpado que se entorna, siente reanudarse las cadenas de la vision y continuar el espectáculo, recae á la vez en el sueño y en el dormir. Así se balancea nuestra facultad pensante al salir de esta vida, entre una realidad que no comprende todavía, y un sueño que no ha desaparecido por completo. Mézclanse y confúndense las impresiones más diversas, y si bajo el peso de los sentimientos percederos se echa de ménos la tierra de donde se acaba de ser desterrado, quedamos abrumados por un sentimiento de tristeza indefinible que pesa sobre nuestros pensamientos, nos rodea de tinieblas y retarda la claravidencia.

Sitiens.—¿Habeis vos experimentado esas sensaciones inmediatamente despues de la muerte?

Lúmen.—¿Despues de la muerte? ¡Pero si no hay muerte! El hecho que designais con este nombre—la separacion del cuerpo y del alma—no se efectúa, en realidad, bajo una forma material, comparable á las separaciones químicas de los elementos disgregados que se observan en el mundo físico. Uno no se apereibe de esta separacion definitiva que os parece tan cruel, como no se apereibe de su nacimiento el niño recién nacido. Somos engendrados para la vida futura como lo fuimos para la terrestre: con la diferencia de que, no estando ya el alma envuelta en las ligaduras corporales que aquí abajo la revisten, adquiere mas prontamente la nocion de su estado y de su personalidad. Con todo, esta facultad de percepcion, varía esencialmente de un alma á otra. Las hay que durante la vida del cuerpo no se elevaron nunca hácia el cielo ni se sintieron ansiosas de penetrar las leyes de la creacion: esas, dominadas todavía por los apetitos corporales, permanecen mucho tiempo en estado de turbacion y de inconciencia. Otras hay, felizmente, que, desde esta vida, volaron en alas de las aspiraciones hácia las cimas de lo bello eterno: esas ven llegar con calma y con serenidad el momento de la separacion; saben que el progreso es la ley de la existencia, y que mas allá de la vida entrarán en una vida superior á la de acá. Siguen paso á paso el letargo que les sube al corazon, y cuando el último latido, lento

é insensible, se detiene en su curso, están ya por encima de su cuerpo cuyo adormecimiento han observado, y desligándose de los lazos magnéticos se sienten llevar rápidamente por una fuerza desconocida hácia el punto de la creacion donde sus aspiraciones, sus sentimientos, sus esperanzas las atraen.

Sitiens.—Y ¡hácia qué momento sobrevino el acontecimiento singular de que me habeis hablado.

Lúmen.—Ya lo vereis, amigo mio; dejadme seguir mi narracion. Daban, vos lo sabeis, las doce de la noche en el timbre sonoro de mi antiguo reloj, y la luna, en medio de su curso, vertia su pálida claridad sobre mi lecho mortuorio, cuando mi hija, mi nieto y sus compatriotas se retiraron á tomar algun reposo. Vos quisisteis quedaros á mi cabecera y prometisteis á mi hija no dejarme hasta por la mañana. Si no fuéramos antiguos amigos os daria las gracias por vuestra tierna y apasionada adhesion. Media hora habia que estábamos solos, porque el astro de la noche declinaba á la derecha, cuando os cogí la mano y os anuncié que ya la vida abandonaba la extremidad de mis miembros. Vos me asegurasteis lo contrario: pero yo observaba con calma mi estado fisiológico, y sabia que quedaban pocos instantes á mi respiracion. Os dirigisteis quedamente al aposento de mis hijos: mas—no sé por qué concentracion de esfuerzos—logré gritar que os detuviérais. Volvisteis, con las lágrimas en los ojos, amigo mio, y me digisteis: «Es verdad; expresa está vuestra última voluntad, y mañana será tiempo todavía para hacer venir á vuestros hijos. Habia en estas palabras una contradiccion que comprendí sin darlo á entender. ¿Os acordais de que entónces os rogué que abrierais la ventana? ¡Qué hermosa noche de Octubre, más bella que la de los bardos de Escocia, cantada por Ossian! No léjos del horizonte, y ante mis ojos, se distinguian las Pléyadas, veladas por las brumas inferiores. Un poco más léjos, Cástor y Polux vagaban misteriosamente por el cielo; y por encima, formando un ángulo de constelaciones con las precedentes, se admiraba una bella estrella blanca, que dibujada en el borde de los planos zodiacales, se llama segun creo, *Capella* ó *la cabra*.—Ya veis que no falla la memoria. Cuando hubisteis abierto la elevada ventana, los perfumes de las rosas, adormecidas bajo el ala de la noche, llegaron hasta mí, y se mezclaron á los rayos silenciosos de las estrellas. Expresaros la dulzura que vertieron en mi alma aquellas impresiones, las últimas que me dirigia la tierra, las mismas que saboreaban mis sentidos, no atrofiados todavía, seria superior á mi language. Ni en mis horas de más tierna y más suave felicidad he sentido aquel gozo inmenso, aquella serenidad gloriosa, aquel regocijo ya celeste que me dieron aquellos minutos de éxtasis, entre el soplo perfumado de las flores y la mirada tan tierna de las estrellas lejanas... Y cuando volvisteis á mi lado, yo me habia convertido hácia el mundo externo, y juntas las manos sobre el pecho dejaba que juntos oraran y volaran al espacio mi pensamiento y mis ojos. Y como mis oidos iban muy pronto á cerrarse para siempre, me acuerdo de las últimas palabras que mis lábios pronunciaron: «¡Adios, mi antiguo amigo! Siento que la muerte me conduce... hácia esas regiones desconocidas en donde algun dia volveremos á encontrarnos. Cuando la aurora borre esas estrellas, ya no habrá aquí mas que un despojo mortal. Repetireis á mi hija que la última expresion de mi deseo es que eduque á sus hijos en la contemplacion de los bienes eternos.» Y cómo lloraras y permanecieras arrodillado ante mi lecho añadí: «Recita la hermosa oracion de Jesus.» Y comenzaste á decir con acento tembloroso: *Padre nuestro*... «Y perdonanos nuestras deudas como nosotros perdonamos á nuestros deudores.» Tales fueron los últimos pensamientos que por mediacion de los sentidos, llegaron á mi alma. Mi vida se turbó contemplando la estrella de Capella, y no sé nada de lo que siguió á aquel instante. Los años, los dias y las horas están constituidos por los movimientos de la tierra. Fuera de estos movimientos el tiempo no *existe ya* en el espacio y es absolutamente imposible tener nocion de este tiempo. Pienso no obstante, que en el mismo dia de mi muerte fué cuando sucedió el acontecimiento que voy á describiros. Porque,—como dentro de poco lo vereis—mi cuerpo no estaba todavía sepultado cuando se ofreció á mi alma esta vision.

Nacido en 1793, tenia al morir setenta y dos años, y me sorprendió extraordinariamente el sentirme animado de un calor y una agilidad de espíritu menos ardientes que

los de mis días más fogosos de la adolescencia. Yo no tenía cuerpo, y sin embargo, no era incorpóreo, porque sentía y veía que me constituía una sustancia; de todos modos, no hay ninguna analogía entre aquella sustancia y la que forma los cuerpos terrenales. Yo no sé cómo atravesé los espacios celestes, ni por qué fuerza me encontré muy pronto aproximándome á un magnífico sol blanco, cuyo esplendor no lograba deslumbrarme, y rodeado, como á distancia de un gran número de mundos envuelto cada uno en uno ó muchos anillos. Impulsado por la misma fuerza inconsciente, me encontré cerca de uno de aquellos anillos, espectador de indefinibles fenómenos de luz, porque el espacio estrechado estaba como surcado por puntos de arco-iris. Ya no veía yo el sol blanco, y habitaba en una especie de noche coloreada de matices de multicolores.—La vista de mi alma era de una potencia incomparablemente superior á las de los ojos del organismo terrenal que acababa de perder: y—¡observación pasmosa!—su potencia me pareció sometida á la voluntad. Esta vista del alma es tan maravillosa que no me detendré á describirla superficialmente. Básteme hacerte presentir que, en lugar de ver simplemente las estrellas en el cielo, como las veis desde la tierra, yo distinguía claramente los mundos, que gravitaban en contorno; y, observación extraña, cuando yo deseaba no ver la estrella, á fin de no verme embarazado en el exámen de aquellos mundos, la estrella desaparecía de mi visión, y me dejaba en excelentes condiciones para observar aquel de los mundos que quería observar. Además, cuando mi vista se concentraba en un mundo particular, llegaba á distinguir los pormenores de la superficie, los continentes y los mares, las nubes y los ríos y aunque me pareciera que no aumentaban visiblemente á mis ojos,—como cuando se usa el telescopio—por una intensidad particular de concentración en la vista de mi alma, lograba ver el objeto sobre el cual se encontraba, como por ejemplo, una ciudad, una campiña. Y cuando, limitándome á este solo punto, continuaba mirándolo, sus particularidades se hacían visibles, y yo veía los edificios, las calles y las casas; los senderos; los jardines y los árboles, tan distintamente como si estuviera en un globo, á poca distancia por encima de aquellos lugares. En fin, por el mismo procedimiento y en virtud de la misma facultad aplicando siempre mi atención al mismo objeto, reconocía á los habitantes y seguía las personas por las calles y por sus habitaciones. Bástame para esto limitar mi pensamiento al barrio, á la casa, ó al individuo que quería observar.

(Se continuará.)

BLIBIOGRAFÍA.

LA RAZON DEL ESPIRITISMO, por Miguel Bonamy, Juez de Instrucción, miembro del Consejo científico de Francia y antiguo miembro del Consejo general de Tarn en Garona.

La traducción de esta recomendable obra al castellano, la debemos á nuestro hermano en creencias D. Lucas Aldana, editado en Madrid el año próximo pasado en la imprenta de D. Antonio de San Martín, Puerta del Sol, núm. 6.—1 tomo en 4.º de 300 páginas 16 reales.

Todos los elogios que nosotros podríamos hacer de tan interesante libro, serían pálidos y tendríamos que repetir lo mismo que han dicho otros periódicos sobre el mismo asunto, de consiguiente dejamos á nuestros lectores la tarea de juzgar por la INTRODUCCION que insertamos á continuación:

«Está en las vicisitudes de las cosas humanas, ó mas bien, parece fatalmente reservado á toda idea nueva, el ser mal acogida á su aparición. Como las mas de las veces tiene por misión la de destruir las ideas que le han precedido, encuentra una poderosa resistencia de parte del entendimiento humano.

»El hombre que ha vivido con las preocupaciones, no acoge sino con grande desconfianza á la nueva aparecida, que tiende á modificar ó destruir tal vez combinaciones é ideas fijas en su entendimiento, á forzarle en una palabra, á ponerse de nuevo en la faena para correr en pos de la verdad, sintiéndose además humillado en su orgullo por haber vivido en el error.

»La repulsion que inspira la nueva idea, se significa todavía mas, cuando trae consigo obligaciones y deberes, cuando impone una línea de conducta mas severa.

»Encuentra en fin ataques sistemáticos, ardientes, encarnizados, cuando amenaza posiciones adquiridas, y sobre todo cuando se halla frente á frente del fanatismo ó de opiniones profundamente arraigadas en la tradicion de los siglos.

»Las doctrinas nuevas, tienen siempre numerosos detractores, y algunas veces tiene que arrostrarse la persecucion, lo que ha hecho decir á Fontenelle: «Que si tuviese todas las verdades en su mano, se guardaria mucho de abrirla.»

Tales eran el disfavor y los peligros que esperaban al Espiritismo á su aparicion en el mundo de las ideas. Los insultos, el sarcasmo, la calumnia no le han faltado; y quizás llegue tambien el dia de la persecucion. Los adeptos del Espiritismo han sido tratados de iluminados, de alucinados, de víctimas, de locos, y á este flujo de dicterios que parecian sin embargo contradecirse y excluirse, se han añadido los de impostores, charlatanes y hasta de servidores de Satanás.

La calificacion de locos, es la que parece mas especialmente reservada á todo promotor ó propagador de ideas nuevas. Así es como se trató de loco al primero á quien se le ocurrió decir que la tierra giraba al rededor del sol.

Tambien era loco aquel célebre navegante que descubrió un nuevo mundo. Loco tambien y ante el areopago de la ciencia, el que halló la fuerza del vapor; y la docta asamblea acogió con desdeñosa sonrisa, la sábia disertacion de Franklin, sobre las propiedades de la electricidad y la teoría del para-rayos.

¿Pero no fué tambien tratado como loco, el divino regenerador de la humanidad, el autorizado reformador de la ley de Moisés? ¿No expió en ignominioso patíbulo la inocuacion en la tierra de los beneficios de la moral divina?

¿No expió Galileo como herético en una cruel prision y con las amargas persecuciones morales, la gloria de haber sido el primer iniciador del sistema planetario, cuyas leyes debia promulgar Newton?

San Juan Bautista, el precursor de Jesucristo, fué tambien crucificado á la venganza de los culpables, cuyos crímenes condenaba.

Los apóstoles, depositarios de las enseñanzas del Divino Maestro, sellaron con su sangre la santidad de su mision. ¿Y la religion reformada, no fué perseguida á su vez, y despues de las matanzas de la Saint-Barthelémy, no tuvo que sufrir las dragonadas?

Por último, ascendiendo hasta el ostracismo inspirado por otras pasiones, vemos desterrados á Aristides, y á Sócrates condenados á beber la cicuta.

Gracias sin duda á la suavidad de costumbres que caracteriza nuestro siglo, bajo el imperio de nuestras instituciones y de las luces que ponen un freno á la intolerancia fanática, ya no se levantarán mas hogueras para purificar en sus llamas las doctrinas espiritistas, cuya paternidad se pretende atribuir á Satanás. Pero todavía deben contar con numerosas y hostiles banderas, con encarnizados adversarios.

Sin embargo, esta situacion militante no es capaz de debilitar el valor de quienes están animados de profunda conviccion, de aquellos que tienen la seguridad de poseer en sus manos una de esas fecundas verdades que constituyen, en su desarrollo, un gran beneficio para la humanidad.

Pero, sea lo que quiera del antagonismo de las ideas ó de las doctrinas que deba suscitar el Espiritismo; sean los que quieran los riesgos que hayan de surgir al paso de sus adeptos, el espiritista no debe encubrir esa luz bajo de un velo, ni negarse á mostrarla en todo su esplendor; ni dejarle de prestar el apoyo de sus convicciones y el sincero testimonio de su conciencia.

El Espiritismo, al revelar al hombre la economía de su organizacion, al iniciarle en el conocimiento de su destino, abre un campo inmenso á sus meditaciones. De esta suerte, el filósofo espiritista llamado á extender sus investigaciones hácia estos nuevos y espléndidos horizontes, no tiene otros límites que el infinito, y en cierto modo asiste al supremo consejo del Creador, pero debe evitar el escollo del entusiasmo, sobre todo cuando tiende

sus miradas sobre el hombre tan enaltecido ya, y que sin embargo se hace orgullosamente tan pequeño. Únicamente iluminado por la antorcha de una prudente razon y tomando por guia la fria y severa lógica, es como debe dirigir sus peregrinaciones en el dominio de la esencia divina, cuyo velo ha sido descornado por los Espíritus.

Este libro es el resultado de nuestros propios estudios y de nuestras meditaciones sobre este asunto, que desde luego nos ha parecido de una importancia capital y que tiene consecuencias de la mayor gravedad. Hemos reconocido que estas ideas tienen profundas raices y apercibido la aurora de la nueva era para la sociedad; la rapidez con que se propaga, es un indicio de su próxima admision en el número de las creencias confesadas. En razon de su importancia no nos hemos contentado con afirmaciones y argumentos de la doctrina; no solo nos hemos asegurado de la realidad de los hechos, sino investigado con minuciosa atencion los principios que de ella se derivan, hemos buscado la razon con fria imparcialidad, sin descuidar el estudio no menos concienzudo de las objeciones que los antagonistas oponen y como un juez escucha á las dos partes contrarias, hemos pesado con madurez el pró y el contra.

Solo despues de habernos convencido de que las alegaciones contrarias nada destruyen; que la doctrina descansa sobre serias bases, sobre una rigurosa lógica y no sobre fantásticas quimeras; que contiene el gérmen de una renovacion saludable del estado social sordamente minado por la incredulidad; que es en fin una barrera poderosa contra la invasion del materialismo y de la desmoralizacion, es cuando hemos creido debíamos exponer nuestra apreciacion personal y las deducciones que hemos sacado de un estudio sério.

Habiendo hallado una razon de ser á los principios de esta nueva ciencia que viene á ocupar su puesto entre los conocimientos humanos, hemos titulado á nuestro libro, *LA RAZON DEL ESPIRITISMO*; título que creemos justificado por el punto de vista bajo el que hemos considerado el asunto, esperando que los que le lean reconocerán fácilmente que este trabajo no es el producto de un entusiasmo irreflexivo, sino de un exámen emprendido con toda madurez y frialdad.

Al dar nuestra adhesion á esta doctrina, hacemos uso del derecho de libertad de conciencia que á nadie puede negarse, cualquiera que sea su creencia, y á mayor abundamiento, esta libertad debe respetarse cuando tiene por objeto principios de la mas alta moralidad, que conduce á los hombres á la práctica de las enseñanzas de Jesucristo, y son, por esto mismo, la salvaguardia del órden social.

El escritor que consagra su pluma á manifestar la impresion que tales enseñanzas han dejado en el santuario de su conciencia, debe guardarse muy bien de confundir las elucubraciones concebidas de su horizonte terreno, con los rayos luminosos descendidos del cielo. Si quedan puntos oscuros ú ocultos en sus esplicaciones, puntos que no les es dado conocer todavía, será que en las miras de la sabiduría divina, quedan reservados para un grado superior en escala ascendente de su depuracion progresiva y de su perfectibilidad.

Sin embargo, digámoslo de una vez, todo hombre convencido y de conciencia que consagre sus meditaciones á la difusion de la verdad fecunda para la dicha de la humanidad, moja su pluma en la atmósfera celeste en que nuestro globo está sumergido, y recibe incontestablemente el destello de la inspiracion.»

ADVERTENCIA.

Terminando los abonos de suscripcion á la *REVISTA* en el próximo mes de Diciembre, rogamos á nuestros suscritores de fuera de esta ciudad se sirvan renovarla antes del próximo Enero, y así evitaran el retraso en el recibo de la misma.